

II

LA VEGETACIÓN

por

EMILIO GUINEA

Del Jardín Botánico de Madrid.

La nota característica del paisaje de la Acebeda la da su vegetación, interesando, por consiguiente, este paraje más al botánico que al geólogo.

Se trata de un extenso bosque de pinos de influencia marcadamente atlántica, en el cual predominan los tonos verdes y azulados, en contraposición de las tintas amarillas y grises observables en las masas de vegetación mediterránea.

El ambiente, fresco y jugoso, del bosque, alfombrado de fino césped, en cuyo alegre y monótono verdor destaca vivamente el brillante colorido de las florecillas que en él viven, nos induce a los sentimientos placenteros, como si nos invitara a difuminar nuestro ser por aquellos tranquilos y bonitos rincones, sin que nuestro espíritu sienta inquietud alguna y pensando, tal vez, que las bellas manos de alguna *Dryas* han sabido tejer este grato lugar en la Naturaleza.

El pinar no se concreta, sin embargo, a esta parte de la sierra, sino que forma un inmenso manto, cuya totalidad cubre gran trozo del área central del Guadarrama; sin embargo, de todos los retazos que podemos considerar le constituyen, en relación con los diversos valles por que se distribuye, ninguno tan magníficamente pintoresco ni tan típico representativo como este de la Acebeda, en cuyo marco encuadran las plantas más representativas de estos antiquísimos bosques.

Es indudable que el examen de un trozo de mundo despierta tanto más nuestro interés cuanto mejor conocemos los detalles que entran en su composición. Por esto, examinar rápidamente la masa de vegetación que puebla el lugar objeto de nuestra descripción, ha de ser de mayor interés si va impregnado de ciertos apuntes botánicos.

Por una coincidencia casual, este bosque se extiende sobre la vertiente septentrional de la sierra, circunstancia que contribuye poderosamente a marcar una fisonomía acentuadamente nórdica y selvática evocadora de las escenas drúidicas encuadradas siempre en marcos de este tipo, donde predominan las plantas sin flores y los tonos sombríos.

Mas no se crea que por eso falta el alegre rayo de sol inundando de brusca alegría estos parajes, a pesar de que durante largo tiempo en los dos crepúsculos la niebla azulina envuelve religiosamente con sus celajes húmedos todos los objetos que llenan el pinar.

Gracias a la gran humedad de esta sierra, el bosque se halla recorrido por pequeños torrentes, cuyas orillas están pobladas de numerosas plantitas amigas de sus aguas, pareciendo como si se alegrasen al sentir sobre sus tiernos organismos las salpicaduras de su inquieto amigo.

A veces estas venas líquidas tropiezan en su alocada marcha con pequeñas elevaciones del terreno que absorben el torrente sin permitirle abrir surco, perdiendo su energía en imbibir por igual el pequeño montículo poroso.

De este modo se constituye un medio de vida muy especial que recibe el nombre de aguazal, donde vegetan algunas interesantes plantas que luego veremos.

Por último, el suelo del pinar se halla sembrado de trozos pétreos desprendidos de las próximas cumbres de la Mujer Muerta y Montón de Trigo, que han rodado hasta el seno del bosque y cuya superficie se halla poblada de musgos y líquenes adaptados a una vida más austera y rigurosa.

El pinar en esta zona de la sierra alcanza un desarro-

llo considerable, pudiendo servir de modelo entre los de su clase.

La especie que vive en la Acebeda, así como en la parte alta de la sierra, corresponde al pino silvestre (*Pinus sylvestris* Linneo).

Es un árbol de belleza severa, contrastando el color ama-



(Fot. A. Victory.)

Pimpollar del bosque de la Acebeda.

rillento rojizo de su corteza con el tono verde sombrío del follaje.

Si prestamos un poco de atención, pronto notaremos que el pinar no se halla poblado solamente de ejemplares adultos y bien desarrollados, sino que en él viven desde la indefensa plantita que ha brotado de una semilla germinada entre las

ramitas caídas, trozos de corteza y hojas muertas que cubren el suelo, hasta el soberbio ejemplar que se alza majestuoso dominando a sus compañeros. Entre uno y otro están intercaladas todas las variantes que esta planta ofrece a través de las diferentes edades y vicisitudes de su vida.

Nada tan curioso como observar rodalitos de pinos jóvenes, que constituyen a modo de vivero, de donde saldrán los futuros árboles en sustitución de los que van muriendo.

Es el de la Acebeda un pinar vetusto, cuyos viejos árboles ostentan una rica vegetación parásita formada casi exclusivamente de líquenes. Éstos crecen apretadamente sobre su corteza, enmascarando el tono pardo oscuro de aquélla con un tinte verdoso grisáceo muy manifiesto, lo cual contribuye a dar mayor realce a lá belleza selvática del pinar.

En el suelo, y sobre los tocones viejos, también hay líquenes en abundancia. Varias especies, de las más características, han sido figuradas en la acuarela adjunta, en la que se han representado de algo mayor tamaño del natural con objeto de que destaquen del resto de la composición. Las llamadas «Barbas de Capuchino» (*Usnea barbata*), se presentan en abundosos mechones blanco verdosos prendidos de las retorcidas ramas de los pinos, aumentando el aspecto selvático del bosque.

Los líquenes, curiosos vegetales, que, como hemos dicho, se hallan por todas partes en el pinar, resultan un caso notable de asociación de dos tipos de plantas tan diferentes como son las algas y los hongos. Los biólogos denominan a este interesante caso *simbiosis*, y consiste en un recíproco cambio de condiciones favorables para desenvolver un tipo de vida que no sería posible de otra manera. Efectivamente, en la trama del tejido propio del hongo vegeta el alga, encontrando suficiente humedad, en tanto que ésta prepara para el hongo materias nutritivas a partir del agua y del ácido carbónico, fenómeno que no puede realizar el hongo.

La planta que caracteriza o, mejor, que ha servido para

dar nombre a la zona estudiada, es el acebo *Ilex aquifolium* L., desperdigado y algo escaso, no siendo muy frecuen-



(Aquarela de Emilio Guinea.)

Plantas típicas del bosque de la Acebeda: rama de acebo en fruto (*Ilex aquifolium*); niscaló (*Lactarius deliciosus*), hongo comestible, representado en el ángulo superior; hongo venenoso (*Amanita muscaria*), representado en el ángulo inferior.

te su hallazgo, aunque se reconoce muy pronto cuando se tiene la suerte de tropezar con un arbolito tan bello.

Sobre todo si está fructificado, que es gran parte del año en las estaciones frías, resalta mucho por el rojo brillante de sus frutitos.

Tiene hojas de consistencia parecida al cuero, muy rígidas y provistas de largas púas lacerantes. El color de las hojas es de un verde obscuro, y la superficie muy brillante.

Paseando por la Acebeda se suele tropezar de vez en cuando con algún antiquísimo ejemplar de tejo o *Taxus baccata* L., como se lee en los libros de Botánica, que suele vivir en las proximidades de los torrentes.

Los ejemplares siempre se presentan con la parte superior mutilada, lo que da gran idea de su extremada longevidad.

Es el árbol más sombrío del bosque, comunicando al paisaje una fuerte nota de melancolía.

Entre las plantas representadas se halla también el *enebro enano*, formando matas achaparradas sembradas aquí y allá en el sotobosque del pinar, así como el brezo, poblador de las orillas de los torrentes, y algunos ejemplares de retama.

No suele ser raro hallar zarzamoras, que producen unos frutos bastante sabrosos, dentro de la rusticidad de esta relativa golosina.

En fin, por el otoño especialmente, aunque también se hallen en la primavera, crecen sobre el suelo del bosque un sinnúmero de setas, que proporcionan al gastrónomo agradable encuentro.

Merecen citarse los deliciosos niscalos (*Lactarius deliciosus* L.), de colores anaranjados y amarillos, salpicados de manchas verdosas que recuerdan el tono del cardenillo. Los *Boletus*, con ajugeritos a modo de panal microscópico en la cara inferior del sombrero. Los *Hydnum*, que tienen púas. Los *Chantarellus*, de color de yema de huevo y que son muy sabrosos; la *Lepiota clypeolaria* Bull., o *apagador* en castellano, muy estimada de los gastrónomos, etc.

Debemos recordar, sin embargo, para aviso de los des-
preocupados, que las hay también rabiosamente venenosas,
como la *Amanita muscaria* L., muy característica por el tono
granate de su sombrerillo y las motitas blancas que muy ge-
neralmente suele ostentar.

En los calveros del bosque surge la pradera despejada,
patria de una copiosísima colección de flores delicadas y
fugaces.

Suele brotar de las primeras la flor del *azafrán serrano* o
Crocus carpetanus B. et R., que dicen los botánicos, de flores
violadas y grandecitas, provistas en su base de tres o cuatro
hojitas verdes y estrechas.

En cambio, durante el otoño, y de las últimas que florecen,
aparece la *merendera*, llamada comúnmente *espantapastores*,
debido a que hace su aparición cuando los rebaños que pue-
blan la sierra en la estación calurosa se retiran a causa de los
primeros fríos y sus pastores emigran a Extremadura. Tam-
bién se conoce con el nombre de *quitameriendas*, porque se
presenta al final de la temporada en que la gente del campo
acostumbra a tomar la merienda de la media tarde.

Su nombre científico es el de *Merendera bulbocodium* Ram.

Entre estas dos plantitas hay una serie innumerable de flo-
recillas, amigas de temperaturas menos extremas.

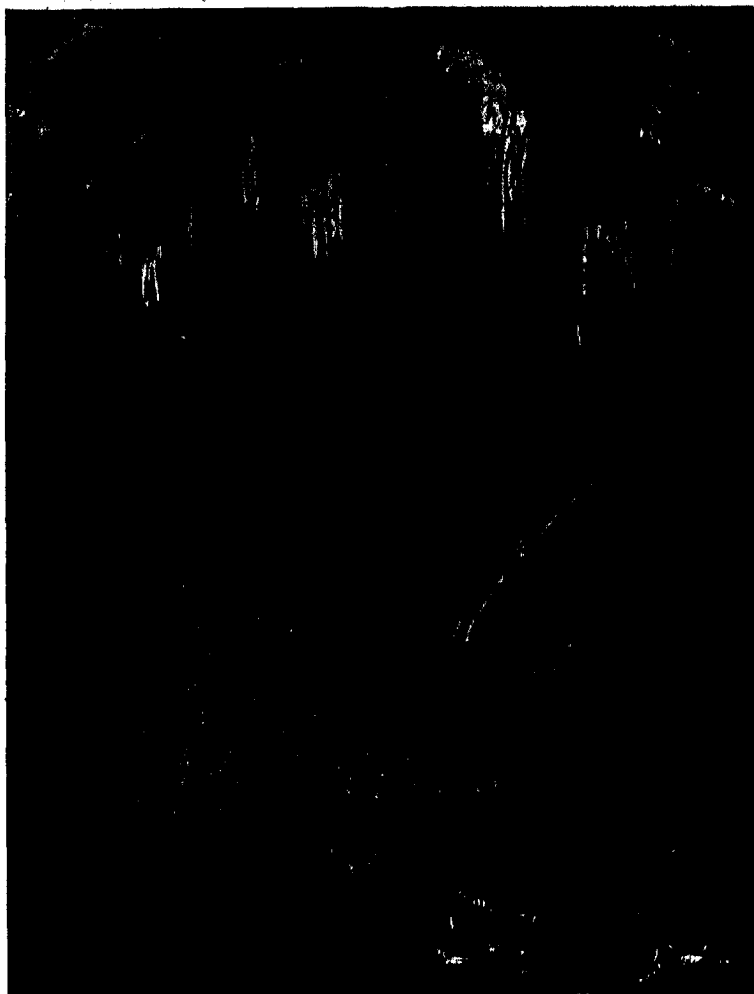
Fijémonos ahora en los alegres torrentes que surcan de
venas líquidas el paisaje de la Acebeda.

Cuando hay nieve en el bosque su huella es a modo de lí-
nea negra, que divide, en contraste brusco, la blancura in-
maculada de aquélla.

En otra época del año vegetan delicadas plantitas siempre
verdes, muy satisfechas de vivir a sus orillas, pareciendo como
si acomodaran su vida al compás del incesante ruido.

Sobre todo, los musgos son sus más asiduos pobladores,
formando almohadillados de color vistoso empapados en agua
fresca y pura.

Es de muy bello efecto sorprender el precioso verde es-



(Acuarela de Emilio Guinea.)

Líquenes del subbosque del pinar de la Acebeda: *Cladonia rangiferina*, de talo en figura de astas de reno, representado en el borde inferior de la acuarela; *Cladonia pixidata*, talos en forma de trompetas; *Cladonia coccifera*, talos ramosos con apotecios rojos; *Peltigera canina*, talo laminar azul con apotecios pardos, representado en el ángulo inferior derecho; *Usnea barbata* o barbas de capuchino, colgando de las ramas de los pinos, que corresponden a la especie *Pinus sylvestris*. El insecto es un coleóptero del género *Carabus*.

meralda de estos almohadillados herido por un brillante rayo de sol, al mismo tiempo que nos deslumbran los reflejos en las purísimas gotitas de agua prendidas de las diminutas hojuelas.

Pero más elegantes que todas estas plantas son los helechos, de porte delicado, que viven en este mismo medio.

El helecho común o falguera, *Pteridium aquilinum* L., constituye densa masa herbácea sobre el suelo del pinar, típica sobre todo en el otoño, en que, desecadas sus plantas, muestran un tono amarillento rojizo que todo lo invade, y es una tinta propia de la sierra en el período otoñal.

El helecho macho *Dryopteris filix mas* Schott., el helecho hembra *Athyrium filix femina* Roth., la «fenta» de los gallegos o *Blechnum spicant* Wither. y el *Polystichum aculeatum* Schott., que recuerda bastante al helecho macho, por cuyo motivo mucha gente los confunde, constituyen sin duda alguna la parte más hermosa de toda la vegetación que nos ocupa.

En ciertos lugares del bosque, los torrentes, en vez de seguir su curso rápido, parece como si se detuvieran y se perdiesen en un pequeño llano o levantamiento del terreno, empapando de agua aquel lugar, lo cual determina unas condiciones de vida muy especiales, que son buscadas por cierto número de plantas, entre las que están los ranúnculos, las acederillas del género *Oxalis* y aun cierta planta muy curiosa por su pequeño tamaño y su delicadeza: nos referimos a la *Wahlebergia hederacea* L., cuyas finas corolas, de color azul, son muy bonitas. Tiene hojitas de forma parecida a las de la hiedra, refiriéndose a este carácter su nombre específico.

Recordamos también la interesantísima *Drosera rotundifolia* L., con su hojitas redondeadas provistas de largos pelos glandulosos y pegajosos, que aprisionan a los incautos insectos cuando, ignorantes del peligro, se posan sin malicia en ellas.

Estas hojas tienen la propiedad de segregar unas sustancias capaces de digerir los cuerpecillos de los insectos, dán-

dose el curioso caso de que una planta se coma estos pequeños seres.

También es interesante el bosque de la Acebeda por los animales selváticos, que, tímidos, se resguardan en su espe-



El río Acebeda, pinos jóvenes. (Fot. A. Victory)

sura, y entre éstos el elegante y veloz corzo *Capreolus capreolus canus* Miller y la ágil y saltadora ardilla, de empenachadas orejas y peluda cola, *Sciurus vulgaris infuscatus* Cabrera. Como especie interesante en el orden de los insectos, se puede encontrar en el pinar, una de las más bellas mariposas exclusiva de la fauna entomológica de España, la *Graellsia isabellae* Gräels. Curiosidad, también entomológica, del bosque constituyen los grandes montones de hojas secas de pino y de otros restos vegetales que cubren a los nidos de la For-

mica rufa L., amontonamientos en los que viven otra clase de pequeñas hormigas al amparo de la fuerte y poderosa especie constructora del hormiguero.

Por lo que hemos expuesto, parece como si Cloris y Flora se hubieran puesto de acuerdo para enriquecer con sus más preciosas galas los bellos parajes escondidos en nuestra admirable sierra.